

PECADOS MORTALES

Maria Grund Dödssynden

Traducción: Julieta Brizzi

MÖTUS

La bruma lo abraza. El suave musgo impulsa al niño hacia arriba, hacia delante. Lo ayuda a enfrentarse a las espinas que desgarran su piel y las ramas que llegan hasta sus ojos y su cabello. Las piernas desnudas y los pies descalzos están insoportablemente fríos. Sin la protección del algodón de su ropa interior, hace rato que los latigazos de los brotes ya lo habrían hecho caer.

Se apresura entre los troncos ahuecados, a través de la maraña de pinos y árboles mohosos. Acelera, cae. Los latidos de su corazón son cada vez más fuertes, hasta que casi acallan el dolor y las voces que acechan en las sombras.

Si no se hubiese abierto el hoyo que atrapó su pie y lo arrojó al suelo, habría podido escapar. Pero cuando su rostro cae sobre la roca llena de musgo, su cuerpo se desploma como una cruz y sus ojos se ponen en blanco, oye que se acercan:

“Muerte al lobo, muerte al lobo, muerte al lobo...”

CAPÍTULO 1

SANNA BERLING OBSERVA LA HABITACIÓN vacía, incendiada. El brillo del sol, pardusco y sucio, atraviesa las ventanas polvorientas, cubiertas de costras salitrosas. El aire impregnado de humo, mezclado con moho, le sube por la garganta. El lugar le parece más oscuro cada vez que regresa. Tal vez se deba al árbol que crece fuera libremente, tal vez sea una alucinación debido al insoportable cansancio.

Pasa los dedos con cuidado por la superficie manchada de una de las paredes. Allí donde la mancha se hace más tenue se entrevé un papel tapiz con un diseño infantil. Cierra los ojos, apoya la mano y sigue la pared mientras camina hacia la puerta. Cuando llega hasta el marco, se detiene, como siempre, junto al grabado de la madera. Deja que las puntas de sus dedos recorran el contorno de las letras infantiles: ¡VETE!

Cuando sale por la puerta doble de la casa, se eleva una bandada de pajarillos desde el enorme y moribundo árbol protector. El aire se llena con el batir de sus alas cuando desaparecen, como si persiguieran la tormenta.

Se queda ahí parada, al borde de un paisaje interminable. Toda esta parte de la isla —desde los campos y praderas circundantes que se despliegan más allá de la carretera y de la

iglesia hasta los yermos acantilados— es un desierto. Suena el móvil. Atiende, escucha la voz del otro lado.

—Estoy aquí ahora —dice—. No, gracias. No la vendo. Aún no.

Una protesta en voz alta, pero su rostro ni se inmuta mientras camina hacia su Saab negro. Cuando se aleja, ve la casa por el espejo retrovisor como si esta la observara, atenta, con sus ventanas quemadas.

En la radio crepitan las palabras de un representante del gobierno regional:

“Los estrictos endurecimientos de los últimos años y las rígidas medidas han presentado grandes desafíos sociales a la región y han minado nuestra seguridad de diferentes formas. Sin embargo, aún no nos han conducido a un desequilibrio presupuestario... Juntos debemos ahorrar más, sin cerrar por ello viviendas, instituciones y otras actividades importantes, como apoyo al creciente grupo de marginados y personas vulnerables de la sociedad...”

Apaga la radio, enciende el viejo reproductor de CD y acelera. Por los altavoces suenan Robert Johnson y los Punchdrunks, Rabbia Fuori Controllo, mientras pasan las fincas y las granjas. Praderas, campos y oscuras parcelas de bosque. Luego aparece el pequeño centro de la isla antes de llegar finalmente a la zona industrial. Frente a ella se extienden el pavimento roto y los contenedores colocados a lo largo de altas cercas reforzadas con alambre de púas.

Un hombre joven que lleva un vestido de mangas abombadas, enorme escote y gruesas hombreras avanza tambaleándose hacia el semáforo. Le falta una ceja, la otra está pintada con rotulador muy arriba en la frente. En los pies calza unas pantuflas mugrientas, y cada vez que se apoya en el pie derecho se sobresalta como un perro herido. Cuando ella pasa, él parece relajarse unos segundos. Mira con timidez, pero reconoce su presencia. Ella disminuye la velocidad, se gira hacia el asiento

trasero, baja la ventanilla y le arroja un jersey. Él se cubre rápidamente con él y murmura algo, quizás un “gracias”.

Gira por un pequeño camino de tierra, pasa un terreno abandonado en el que hay autocaravanas y tiendas de campaña. Un perro ladra en algún lugar de la oscuridad cuando ella vira a la derecha junto al imperceptible letrero: “Almacén y garaje”.

La puerta cruje y chilla cuando roza el suelo de cemento. Ella enciende una lámpara en un rincón que arroja una luz suave sobre el camastro, la manta y la almohada. El techo es más bajo que el del resto del garaje, donde está el Saab aparcado en ángulo y con las llaves puestas.

Arroja un par de facturas y varios folletos publicitarios sobre una silla, se quita el abrigo negro y lo deja caer al suelo antes de quitarse los pantalones. Luego busca un par de tapones para los oídos y se los pone.

Coloca las llaves del garaje y la placa policíaca en la mesa de camping que sirve también como mesilla de noche. Resueñan contra el objeto que estaba allí desde antes, un pequeño espejo de mano que dice “Erik”. Luego recoge una caja llena de pequeñas píldoras. Se pone tres en la mano y se las echa en la boca.

Su mirada se vuelve lejana, vaga, casi muerta cuando se acuesta en el camastro. “Ya voy”, susurra, y da la espalda a la oscuridad.

El timbre de la puerta de la pequeña farmacia suena fuerte y claro cuando Eir Pedersen pone un pie en el umbral. Se mueve con rapidez, camina un poco inclinada, con los hombros desgarrados, tiene una energía intensa en sus ojos vivaces. Cuando se abre la chaqueta ajustada y mete la mano en el bolsillo interior, ve que la farmacéutica la observa desde detrás del mostrador. Discreta, pero preocupada. Eir reconoce esa expresión, está habituada. En ese momento está segura

incluso de que la mujer de delantal blanco tiene una mano en el botón de la alarma. Podría decir algo que relaje la situación, pero no desea más que adelantarse y colocar dos identificaciones sobre el mostrador. Golpetea ligeramente con el dedo índice sobre una de ellas.

—Encontrará una prescripción de píldoras o de jarabe. Me llevaré el jarabe.

La farmacéutica examina la identificación, tipea algo en la computadora y mira de reojo a Eir.

—¿No los encuentra? —pregunta Eir—. ¿Hay algún problema? Porque si lo hay puede llamar a...

—No, no hay ningún problema —responde rápido la mujer, y desaparece entre las cajas del fondo.

Eir se queda sola en el pequeño local. Todo está muy cuidado y ordenado. El bello suelo de piedra está limpio y encerado, desprende un brillo extrañamente cálido para una farmacia. Aquella a la que ella está acostumbrada, en el continente, parece un enorme contenedor clínico, con fríos tubos incandescentes en el techo y estanterías abarrotadas de medicamentos. Esta, en cambio, reluce y se parece a una tienda de golosinas antigua.

—Bien. —La farmacéutica interrumpe sus pensamientos—. ¿Desea algo más? —Coloca en una bolsa un frasco de metadona y se lo entrega a Eir.

Ella lee el precio en la pantalla y paga.

—¿Hay algún camino más corto hacia el Korsparken que el que toma el tranvía?

—¿Quiere decir Korsgården? —la corrige la farmacéutica.

—Sí, así es.

—Cuando salga a la plaza, siga todo recto. Frente a la muralla, continúe por la calle principal y rodee el campo de deportes que hay junto a la pista de patinaje abandonada.

—De acuerdo, gracias.

Eir camina hacia la puerta.

—Pero de todas maneras yo tomaría el tranvía —le dice la farmacéutica—, a esta hora del día.

La pequeña ciudad amurallada descansa silenciosa en la oscuridad del otoño. Los callejones zigzaguean como serpientes por la plaza en pendiente. Los adoquines están húmedos y algunas hojas empecinadas aún brillan en la oscuridad sobre los rosales resecos como la leña.

La lluvia empieza a caer. Eir siempre ha adorado las tormentas, las encuentra refrescantes y apaciguadoras. Le proporcionan un bienestar que viene desde lo profundo de la médula. Pero esta vez no son más que un par de gotas, hasta que vuelve a calmarse.

A pocos pasos de la hermosa muralla iluminada, el entorno cambia.

Las tiendas clausuradas se hacen más numerosas, y a medida que va dejando atrás coches abandonados y señales de tráfico pintarrajeadas con aerosol, las calles se vuelven cada vez más solitarias. Pasa por una carretera en construcción sin terminar, luego junto a un campo de deportes, hasta que llega a un barrio con casas más viejas y un denso conglomerado de apartamentos de baja altura. Hay muebles de jardín olvidados aquí y allá en los patios, y contenedores de basura repletos. Más adelante, dos chicas jóvenes están decorando el portón de un garaje con pintura en aerosol.

Una de ellas la mira cuando ella se acerca, la deja pasar con mirada indiferente y continúa rociando. En el portón del garaje se lee “Muere” con letras gruesas de color rosado.

—¿Viven aquí? —pregunta Eir tranquila.

—¿Qué? —dice la chica. Tiene el pelo rizado y de color negro azabache, grandes pendientes en las orejas y una calavera tatuada en el cuello.

Eir se guarda la metadona en el bolsillo interior y se cierra la chaqueta.

—¿El garaje es de ustedes? —pregunta.

Las chicas se miran, evalúan la situación.

—Sí, es nuestro —dice una.

Eir toma su móvil, pero cuando presiona una tecla, se agota la batería. Suspira resignada.

—Entonces, si toco el timbre de la casa de ahí atrás, ¿me abrirá tu madre?

La otra chica, delgada y de aspecto atlético, con la cabeza rasurada y un enorme dragón estampado en la manga de la camisa, comienza a dar vueltas a su alrededor. Eir ve con el rabillo del ojo que tiene una navaja, pero que la oculta debajo de la muñeca.

—Vete a la mierda si no quieres recibir tu merecido, maldita... —sisea la muchacha al mismo tiempo que da un paso hacia ella.

Eir interrumpe la frase dándole un codazo en el rostro. La chica se tambalea, arroja la navaja y se lleva una mano a la nariz. Entonces la de la calavera se lanza sobre Eir y la empuja hacia atrás. Eir la recibe con un golpe en la boca, logra aferrarla del brazo y empujarla, de manera que la chica se golpea la cabeza contra el borde de la acera.

—¡Me has roto la maldita nariz! —vocifera la chica del dragón desde el otro lado de la calle.

Eir da la vuelta; la muchacha está inclinada hacia delante y se aprieta la nariz con la camisa.

—Estás loca... —se queja.

Eir la toma de un brazo y la arroja a la acera mientras que la de la calavera se lanza hacia ella por detrás. Esta vez se defiende ferozmente con su tubo de pintura en aerosol. Eir la esquiva y logra sujetarla por un mechón de pelo. Entretanto, la chica del dragón ha logrado recuperar su navaja, pero Eir le aferra la muñeca, la navaja cae al suelo y ella le da un puntapié y la hace desaparecer bajo un coche.

Arrastra a la chica del dragón por el pavimento hasta el

portón del garaje, pero se da cuenta de que alguien la está observando. Detrás de una cortina de la casa, junto al garaje, hay una joven de la misma edad que la que acaba de golpear. Se enciende la luz y aparece una mujer mayor vestida con una bata.

La mujer aparta a la chica y marca un número en su móvil; el movimiento de sus labios revela que está pidiendo comunicarse con la policía mientras observa la calle con una mirada nerviosa y esquivada.

Ella se yergue, respira hondo e intenta recuperar la calma. Se seca la sangre del labio cortado, mete las manos en los bolsillos y sigue su camino.

CAPÍTULO 2

A LA MAÑANA SIGUIENTE, LA escarcha forma una capa delgada sobre el suelo mientras Sanna conduce hacia la vieja cantera de piedra caliza que hay en la costa este de la isla.

El agua turquesa del enorme cráter está quieta. En una orilla hay una ambulancia, una camioneta del servicio de rescate y una patrulla policial con las puertas abiertas. Los socorristas están doblando su ropa de trabajo para poder guardarla en el espacio de carga de la camioneta. Sobre una camilla yace una niña metida en una bolsa para cadáveres. Alguien está guardando con cuidado su largo cabello rojo dentro.

Sanna detiene su coche y sale. El suelo suena hueco bajo sus botas, pues entre raíces y piedras abundan las madrigueras de conejos. Aquí y allá, los desperdicios parecen bañistas que se han quedado más tiempo en la playa. Cubiertos de plástico, vasos de papel y una botella de vino rota. A unos pocos kilómetros se oye cómo rompe el mar contra las rocas de la playa, tal como ocurre en toda la isla.

La cantera es un balneario popular. Al contrario que en las atestadas bahías de poca profundidad, aquí es sencillo zambullirse y refrescarse. Pero a esta altura del año el lugar está solitario y desierto. Los únicos signos de que ha habido gente, además

de los desperdicios en el suelo, son una escalerilla oxidada y dos pequeños vestidores situados detrás de una arboleda.

Sanna mira resignada el cuerpo que yace sobre la camilla. De lejos se ve pequeño y delgado, los pies sobresalen en punta, como un ave muerta.

El detective Bernard Hellkvist sale de su coche y le echa una mirada. Sanna recuerda cuán irritado sonó por teléfono. Siempre ha tenido un humor terrible por la mañana, y hoy no es ninguna excepción. Alto, ancho de hombros y corpulento, se balancea adelante y atrás mientras se rodea con los brazos para mantenerse caliente. Con el cigarrillo en la comisura de los labios, sorbe el último resto de nicotina antes de dejar caer la colilla al suelo. Parece estar constantemente con resaca, siempre ha sido así. Aguza la mirada, se dirige a ella y la saluda con un corto “buenos días”.

—Qué buen domingo tenemos —dice—. Preferiría estar viendo un partido de fútbol.

—¿Dónde están los otros? —pregunta Sanna.

—Jon estuvo aquí, pero se fue. No tenía mucho más que hacer. No tendría que haberte llamado, no tenías que venir. Pero antes de sacarla del agua no estaba seguro de que fuera un suicidio.

—Pero yo no estaba ocupada.

Sonríe hacia ella y luego mira el reloj de su móvil.

—¿Sabemos quién es? —pregunta Sanna.

—Se llamaba Mia Askar. Catorce años, a punto de cumplir quince. Oficialmente no la hemos identificado, pero su madre vino a la comisaría hace un par de días. Denunció que había desaparecido. Tenía una foto consigo y la describió casi en detalle. Sé que es ella. Malditas niñas egoístas de hoy.

Sanna lo mira con ojos punzantes.

—De acuerdo, de acuerdo —dice él—. Perdón. Pero ¿puedo enfadarme un poco? Hubiera preferido ir a ver a mi nieto más pequeño jugar su primer partido fuera de casa.

—Pronto podrás ver fútbol todos los días. Solo te quedan dos semanas y ya te jubilas.

—Lo sé. No veo la hora.

Sanna suspira.

—¿Los técnicos? —pregunta ella.

—Con toda seguridad, es un suicidio.

—Pero ¿están en camino?

—Están en el norte. Un robo en alguno de los antiguos locales de las Fuerzas Armadas. Y aunque no estuvieran ocupados, sabes tan bien como yo que no vendrían por esta mierda.

Sanna contiene su irritación. Bernard acostumbra llamar “mierda” a los suicidios. Quizá porque se han vuelto cada vez más frecuentes en la isla o porque lo único que hace la policía ahora es limpiar y ocultarlos pronto.

—Si realmente quieres que peleemos con ellos para que vengan... —dice él, desafiante.

—¿Guantes? —Sanna sostiene su mano en alto, sin mirarlo. Él se extiende hacia dentro del coche buscando una caja y se los arroja.

—¿Cómo diablos te las arreglarás sin mí? —bromea él.

Sanna no responde. Bernard se acomoda el gastado cinturón de sus pantalones de pana y la sigue hasta la camilla.

—La encontró alguien que salió a pasear a su perro —dice—. Flotaba en medio del agua, donde es más profundo. El pobre anciano se asustó mucho. Creyó que era la dama del lago.

—¿Vive aquí, en las cercanías?

—No. Nadie vive en las cercanías. Dijo que a veces viene en coche hasta aquí y pasea con su perro.

La niña de la camilla solo está vestida con un par de jeans gastados. El cabello rojo ondulado le cubre las mejillas, los hombros, el pecho, y casi se asemeja a otra capa de piel. Tiene un aire pacífico. De no ser por los labios azulados y los dedos de los pies abiertos en espasmo, podría estar profundamente dormida.

Sanna se coloca los guantes, rodea el cadáver y mira las manos de la niña. Ni un rasguño, las uñas están limpias y bien cortadas. Voltea con cuidado las muñecas y ve los cortes.

—Oye, me dijeron que otra vez rechazaste una buena suma —comenta Bernard—. Sí, la hermana de Jon trabaja en esa nueva agencia inmobiliaria —continúa, pero Sanna no responde—. Y ya todos saben que de nuevo te has negado a una oferta de millones por la casa...

—La gente habla mucho.

—Quizá. Pero ¿no sería bonito?

Sanna le lanza una mirada irritada.

—Aprovechar el momento, quiero decir.

—Ya lo he hecho.

—Sí, pero sabes que tú todavía...

—Tengo todo lo que necesito —interrumpe ella.

Aguzla la mirada bajo la pálida luz del sol.

—Sí, sabes lo que pienso —dice él.

Los cortes de las muñecas de la niña son rectos y profundos. En una herida hay algo que parece óxido, pero cuando Sanna lo mueve se desgrana como arena.

—Pronto será el cumpleaños de Erik —dice, y se da cuenta de que Bernard se pone incómodo.

—Sí, así es. ¿Habría cumplido catorce? —dice él probando su reacción.

—Quince.

Bernard sonrío con torpeza. Ella vuelve a colocar con cuidado las manos de la niña alrededor de su cuerpo.

—Siempre decíamos que le enseñaríamos a conducir motocicletas cerca de la casa, podría haber obtenido su licencia este año —dice—. Patrik incluso le compró una Dakota cuando nació, la restauró él mismo.

—Puch Dakota. Un clásico.

No dice nada más.

Bernard continúa:

—Sí, sé que es terrible. Pero él no va a regresar, lo sabes. Ni él, ni Patrik. Tú no eres vieja ni tampoco horrible, deberías conocer a alguien. ¿No crees que le habría gustado eso a tu chico? ¿Que sigas adelante?

Sanna continúa estudiando el cadáver de la niña en silencio.

—Una cosa es segura —prosigue Bernard—. Él ya no está en esa casa. Intentar conservarla para retenerlo es un error. Si quieres mi consejo, hazte un favor y vende. Sigue adelante.

Sanna busca en el rostro de la niña, pero no ve ninguna huella de violencia. Luego desliza su mirada por el suelo que los rodea. Nada, ni siquiera un insecto.

—¿Encontraron la cuchilla de afeitar o lo que sea que haya usado?

Bernard parece ponerse más combativo.

—No hay nada más que hacer. Aparte del papeleo e informar a la familia. A no ser que tú personalmente quieras sumergirte en el agua y buscar la cuchilla de afeitar.

Se acerca un hombre del servicio de rescate, pero se queda parado y parece no saber a quién de los dos dirigirse.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Sanna.

—Solo quería decir que lo hemos dejado asentarse —señala el cabello de la niña.

Entrelazado en los rizos rojos hay un cordel rústico. Es grueso y está hecho con algodón trenzado, duro, que rodea algo parecido a una banda de goma negra. A pesar de que no mide más que unos diez centímetros, ha conseguido quedarse enredado en el cabello de la nuca.

—La mayoría de las algas o las basuras que quedan atrapadas cuando flotan en el agua suelen resbalar cuando las sacamos a la superficie —continúa él—. Pero esto se adhirió con fuerza. Y no hay ningún técnico.

—No es nada por lo que deba preocuparse —dice Bernard.

—¿Vieron algo que indique de dónde puede provenir esto?
—pregunta Sanna.

—No —responde el socorrista—. Pero todo posible desperdicio termina cayendo en ese gran recipiente. Así que puede ser cualquier cosa.

—Gracias —dice Sanna—. ¿Está en camino el coche de la policía?

—Sí.

—Es una pérdida de tiempo y de recursos hacer una autopsia —murmura Bernard cuando el socorrista se aleja.

—Sabes que siempre se hace de esta forma.

Bernard echa un vistazo a las caderas de la niña. Detrás del borde de sus jeans alguien le ha escrito un número en la piel: “26”. El color es azul pero está desvaído, como si ya llevara mucho tiempo ahí. O como si alguien hubiera intentado borrarlo.

—¿Te dice algo? —le pregunta Sanna.

Él niega con la cabeza.

—Parece que fue hecho con un marcador. Mis nietos suelen pintarse con ellos cada vez que pueden; si no tienes suerte, se queda para siempre. Se mantiene hasta con un noventa y cinco por ciento de humedad. Esto es algo que ha tenido de antes.

Sanna vuelve a las manos de la niña.

—No se lo hizo a sí misma.

—Sí, lo hizo ella —dice Bernard cansado—. Se cortó las muñecas. Es evidente. Ya basta.

—No quise decir eso. Me refiero a que eso no se lo escribió ella. —Se pone de pie junto a los pies de la niña. Bernard la sigue.

—Lo escribió otra persona, alguien que estaba frente a ella.

—Sí, bien, bien... —dice Bernard—. Se lo hizo algún novio o amigo. Pero, aun así, es un claro suicidio. ¿Hemos terminado aquí? —continúa al ver que Sanna no contesta.

—¿Ya informaron a Eken? —pregunta ella.

—Sí. —Bernard esboza una sonrisa maliciosa—. Se puso muy contento cuando lo desperté para hablarle del suicidio de una adolescente.

—Sabes que debemos llamarlo.

—Es la última semana de sus vacaciones. Está a miles de kilómetros de aquí.

—Creo que también hay teléfonos donde está.

—Regresa dentro de un par de días. No hay nada que pueda hacer en este momento.

Sanna no responde. Ernst Eriksson, alias “Eken”, es su jefe. Amado. Temido. Respetado. Padeció de artritis hace un año, regresó, pero aún tiene dificultades para hacer ciertos movimientos. Es la primera vez en diez años que se toma una licencia, y se ha ido de vacaciones a un lugar cálido para aliviar su problema. De hecho, durante su ausencia deberían contactar a alguien del continente, pero nadie lo hace.

—Muy bien —dice Bernard y sonríe cansado.

—¿Qué dices? ¿Comenzamos a hacer lo que hay que hacer para disfrutar, aunque sea un poco, de esta tarde de domingo?

“Qué imagen deprimente”, piensa Sanna. Ojos vidriosos, mejillas caídas. Desde hace un tiempo, Bernard solo quiere eso: así han sido los últimos años, ha perdido la chispa y el interés.

Cuando vuelve la mirada hacia el sitio, un águila pescadora se eleva desde un objeto que parece una caja de metal y se posa en un pilar de madera que hay en la otra orilla de la cantera.

—Es una cámara de vigilancia. —Bernard la observa.

—¿Alguien leyó el código? —pregunta Sanna—. ¿Han visto dónde se almacena el material grabado?

—¿Qué? Está allí desde la temporada de verano pasada, no creo que esté encendida.

—Si resulta que está encendida, puede mostrarnos exactamente lo que ocurrió.

—Pero ¿cómo?... ¡No lo dices en serio!

—Además, ¿encontraron alguna carta o nota de despedida? Si se quitó la vida, puede haber querido dejar algo para que alguien lo encuentre.

—Nada.

—¿Ningún teléfono móvil?

Bernard suspira y niega con la cabeza.

—¿Tú o alguien más ha revisado su Facebook? ¿Instagram? ¿Algo?

—Registramos todas sus redes sociales cuando vino la madre. Sí, ella nos las mostró. Sin actualizaciones en varios días, ninguna pista. Y casi ningún amigo por ese lado. Triste.

Sanna queda en silencio y piensa.

—¿Hay alguien de la familia que tenga antecedentes? ¿Investigaron eso?

Bernard suspira otra vez, aún más irritado y resignado. Luego le arroja su libreta de notas a Sanna, se arremanga y se aleja hacia el pilar donde está la cámara. Cuando llega, se detiene y observa el escalón de hierro oxidado que recorre el pilar antes de subirse a él y trepar hasta arriba.

—Bien, de acuerdo, ya tengo el código. ¡Diablos, qué genial va a ser librarme de ti! —dice con una sonrisa de soslayo.

—Disculpen.

Los dos voltean. Una mujer de unos treinta años con un labio roto y la silueta encorvada los mira interrogante.

—¿Sanna Berling? —Extiende una mano—. Soy Eir Pedersen. Tu nueva compañera.

La mujer que sustituirá a Bernard cuando se jubile no es como Sanna había pensado. Se la imaginó como una burócrata pulcra y ordenada. Pero, por el contrario, Eir parece alguien que vive bajo un puente, encima de una maltrecha caja de cartón. De piel curtida y con una cierta agitación

interior, se balancea de un pie al otro. Tiene un cierto aire de arrogancia. Su mirada recorre los alrededores cuando el coche de policía cierra sus puertas detrás de Mia Askar y se aleja. Bernard se dirige a su automóvil y desaparece. Sanna estudia la posibilidad de preguntar a Eir qué está haciendo aquí este día, pues no comienza a trabajar sino hasta la mañana siguiente, pero se abstiene de pronunciar palabra. Cuando hablaron por teléfono hace un par de semanas, Eir le había parecido tranquila, pero ahora se ve que coexiste en su persona algo completamente diferente. Camina inquieta, sus zapatos están sucios y mal abrochados, se ha derramado algo sobre ellos, o quizá solo es agua salada reseca.

Aunque el jefe del continente dijo que Eir Pedersen nunca se relaja, evitó mencionar que parece necesitar una camisa de fuerza. Además remarcó que es hija de un conocido juez y diplomático. Probablemente para suavizar el impacto de su aparición. Como si así amortiguase la impresión de caos que causa su presencia por haberla imaginado como una impoluta joven en una oficina con muebles caros de caoba y pesadas cortinas de terciopelo.

—Espero que esté bien que haya venido —dice Eir—. Fui a la comisaría y me dijeron que estabas aquí. Me permitieron tomar prestada una patrulla, así que pensé: ¡qué diablos!, ¿sabes?

—Me dijeron que llegaste ayer en un camión de mudanza.

—Sí.

—Es inusual comenzar en un nuevo trabajo un domingo, ¿por qué no esperar hasta mañana?

Eir no contesta.

—¿No tienes que cumplir primero con alguna formalidad en la comisaría? —continúa Sanna.

—Lo haré mañana temprano. Bien, ¿no hay técnicos? —dice Eir—. ¿Un suicidio?

—Posiblemente.

—En la comisaría me dijeron que se trataba de una niña.
Sanna asiente.

—¿Puedo hacer algo? —pregunta Eir.

—Podemos hacerlo mañana.

—Pero no estoy haciendo nada ahora. Me siento motivada.
Escarba el suelo con un pie. Sanna la ignora.

—Entonces, puedes darme permiso para ver tus papeles y conocer otras investigaciones que tengas abiertas —continúa Eir.

Sanna suspira, desilusionada ante este ser intrincado, ansioso, pequeño e incomprensible que galopa junto a ella hacia el coche.

—¿Qué ocurre? —ríe Eir, irritante—. ¿Tienes miedo de que compita contigo y haga las cosas mejor que tú?

—No. Pero ahora no tengo tiempo de ocuparme de ti.

—¿Perdón?

—Te investigué cuando supe que sustituirías a Bernard. Clase alta, estudios en un internado: hastiada, problemática. Academia de policía: huraña, difícil de ubicar a pesar de las mejores calificaciones. Departamento Nacional de Operaciones: insociable y conflictiva para trabajar en equipo.

Eir suspira frustrada.

—Vamos —dice—, ¿podemos ir a tomar un café y hablar para conocernos?

—Nos vemos mañana.

—Maldita perra —murmura Eir a sus espaldas cuando se dirige al coche.

—¿Qué dijiste? —Sanna se vuelve.

—Nada.

Mientras abre el vehículo, Sanna piensa en todos los comentarios prometedores que el jefe de Eir le dijo sobre ella. “Déjalo así”, piensa.

—Me pregunto por qué me elegiste —comenta Eir y continúa—, si ya sabías todo eso.

—Yo no lo hice.

—¿Qué quieres decir?

—No te elegí.

—¿No?

—No. No había otro postulante.

Eir se ríe.

—¿Qué? ¿Es gracioso?

—Sí, porque no buscaba ningún trabajo aquí. Fue mi jefe quien lo hizo por mí. Solo me dijo que había enviado mi solicitud. Sí, nunca le he caído bien a ese maldito. —Se arrepiente en cuanto lo dice.

En el rostro de Sanna brota una sonrisa complacida.

—¿No? —dice—. ¿Cómo podías no caerle bien?

Eir golpea rítmicamente con una mano en el maletero del coche.

—Se me ocurre otra cosa —dice.

—¿Sí?

—Si esto fue un suicidio, ¿cómo llegó la niña hasta aquí? No veo ninguna bicicleta ni nada, y la carretera principal está muy lejos.

Sanna asiente. De pronto el bosque que rodea la cantera le parece oscuro y profundo. Ante todo es denso, difícil de atravesar, impenetrable. El único sendero que conduce hasta él es largo, y habría llevado un tiempo considerable llegar caminando. Busca su móvil.

—Sí, soy yo —dice cuando responde Bernard—. Triste, pero debes dar media vuelta y regresar. Tenemos que inspeccionar aquí. La chica tiene que haber llegado de alguna manera. Trae otra vez a Jon o a quien sea que puedas encontrar y luego llámame.

Cuando Sanna cuelga, Eir tiene los hombros tensos y las mejillas rojas de frío.

—Ven.

—¿Adónde vamos? —pregunta Eir sorprendida, y sonrío.

—Había pensado en hacerlo sola. Pero sube a tu coche y sígueme.

Es como si alguien disparara a la cabeza de Lara Askar. Como si su cuerpo se desplomara sobre el pulcro vestíbulo cuando Sanna y Eir le piden que las acompañe para identificar a su hija.

Lara es esbelta y tiene un rostro muy bello. El mismo cabello color rojo fuego ondulado que Mia y ojos azules intensos. Pero la noticia hace que todo su ser se desvanezca. Cae al suelo y no obtienen ni una palabra de ella hasta que llegan los paramédicos. Cuando la asisten, ella murmura: “No pueden ser ellos”.